

Discurso del Padre Juan Morales y Eloy sobre los problemas de la paz y la guerra

Sacerdote Católico, Miembro de la Delegación Ecuatoriana al Congreso de la Paz en Asia y Regiones del Pacífico.

He pensado que esta histórica Conferencia no puede terminar sin que en ella se deje oír la voz de un sacerdote católico. Hablo, pues, como miembro de la Iglesia Católica, como sacerdote y maestro dedicado a la educación de la juventud, como miembro del Consejo Mundial de la Paz y como Vicepresidente del Comité Nacional del Ecuador.

En nombre, pues, de los partidarios de la paz de mi país quiero expresar mis parabienes y mis mejores deseos por el éxito de esta conferencia, al Comité Chino por la Paz organizador de esta Asamblea mundial, y al mismo tiempo expresarle nuestra gratitud por la acogida calorosa dada a la Delegación Ecuatoriana.

Hemos venido al Asia, cuna de los antepasados de los pueblos indígenas de América. A la legendaria tierra china de la cual sabíamos por nuestras lecturas, acerca de la cual habíamos enseñado en salas de conferencia, pero que ahora tocamos, que vemos en forma viviente, llenos de la más honda emoción.

No contemplamos ya una China miserable, sojuzgada y esclavizada por los Emperadores de la Dinastía Ching o por los imperialistas japoneses, sino valientes mujeres y viriles ejércitos de obreros, estudiantes y campesinos que han transformado su país en un vasto campo de producción bajo el gobierno sabio de Mao Tsé Tung. Y alrededor de esta Nueva China, siguiendo su noble ejemplo, los heroicos pueblos de Corea, Viet Nam, Laos, Khmer y Malaya luchan por su independencia nacional, y así forjan la paz que ha de permitirles gobernarse a sí mismos de acuerdo con su voluntad soberana. Este ideal de libertad e independencia nacional es común a todos los pueblos progresistas".

China, la gloriosa China que hace solamente tres años rompió valiente y activa sus cadenas de opresión, abre hoy ampliamente sus brazos fraternales a todas las naciones de la tierra.

La distancia no es obstáculo para la unión de los pueblos libres, tampoco lo son las costumbres, filosofías, religiones o culturas diferentes.

Esta conferencia de los pueblos de Asia y de las regiones del Pacífico es una prueba concreta de que los pueblos de

la tierra pueden entenderse unos a otros y vivir en paz con base en el respeto mutuo.

No nos unen mezquinos intereses, sino algo de infinito valor: un entendimiento que no repara en colores de piel o credos religiosos y menos aún, políticos. Nos une la inquebrantable voluntad de la paz.

Todos estamos convencidos de la urgente necesidad de lograr la liberación de los países oprimidos por el imperialismo que se ha ingeniado para ocupar y esclavizar con sus tentáculos una gran mayoría de pueblos, aplastándolos, bajo sus garras. Los traficantes con sangre humana han desatado una sangrienta lucha por medio de la cual esperan retardar un poco la caída total de su dominación.

Como primera arma han creado una vasta maquinaria para esparcir hasta en el último rincón de la tierra su falsa propaganda de descaradas mentiras contra un movimiento tan noble como el de los partidarios de la paz. Por eso, amigos delegados, es tarea nuestra exponer su juego, juego que pretende llevar mansamente al pueblo a comulgar con las mentiras que ellos le sirven, acerca del Movimiento de Paz.

Estemos seguros de que el clero católico del mundo comprenderá la sinceridad del gran movimiento de la paz y apoyando sus propósitos se unirá con sus respectivos pueblos a tan noble causa. Para lograr esto, es decir para atraer un gran número de sacerdotes al movimiento de la Paz, tenemos la obligación, nosotros, delegados, de aplastar esa falsa propaganda, con la documentación necesaria para probar que el movimiento de la Paz es algo bueno, algo sagrado. Es necesario apartar de las mentes la preocupación acerca del origen del movimiento de la paz. Esto es bueno y es justo y eso basta.

No podemos pensar que un sacerdote, menos concebir que un Ministro de Dios, torciendo la verdad, vuelva la espalda a la lucha por las más legítimas aspiraciones de los pueblos. La Doctrina de Jesús, es doctrina de paz, de amor, de humanidad.

Cuando Cristo nació en este mundo, en humana forma, por medio de los ángeles, sus mensajeros, envió la Buena Nueva: "¡Paz a los hombres de buena voluntad"; Estos hombres de buena voluntad eran los campesinos, los pobres, los pastores, los artesanos, los niños, la gente común. No eran los Césares romanos, los grandes ni los poderosos. Al ascender a los Cielos, Jesús dijo a sus discípulos y apóstoles que en recuerdo suyo les dejaba la paz: "La paz os dejo". Y cuando El aparecía a sus apóstoles, les decía: "La paz sea con vosotros".

La paz es la encarnación de la Divinidad misma.

Debemos volvernos a las enseñanzas de Cristo. Entonces veremos que vivir en paz con los otros es, no sólo, asunto importante, sino un verdadero mandamiento de Dios. Cuando un sacerdote dedica su vida a los pobres, al pueblo común, para enseñarles la verdad, para iluminar sus mentes y laborar por su bien estar, es un imitador de Cristo; cuando el sacerdote realiza esta tarea observando las enseñanzas de Cristo y viviéndolas, entonces es fácil para los hombres vivir juntos.

Las Sagradas Escrituras proveen las bases reales para que la humanidad pueda vivir en paz: "Ama a tu prójimo como a tí mismo". Las Escrituras de las religiones orientales van aún más lejos: "Ama a tu prójimo más que a tí mismo". Si aceptamos estos básicos preceptos religiosos, es fácil concebir que las organizaciones religiosas no podrán sino ayudar al vasto movimiento de Amor y de Paz de la Humanidad.

Los judíos, protestantes, católicos de América, Europa y Australasia con los de Asia y Africa; los 500 millones de budistas de Viet Nam, China, Tibet, Mongolia y Japón; los 225 millones de brahmanes de la India; los 170 millones de musulmanes de Arabia, Siria, Irán, Turquía, Kirguisia y Pakistán; los shintoístas del Japón; los confucionistas de esta ilustre China, todos mantienen estos preceptos básicos en común: Amor al prójimo, amor por la paz.

Todos ellos quieren paz para todas las naciones y para todos los hombres.